

“A MENUDO SE RENIEGA DE LOS MAESTROS SUPREMOS; se rebela uno contra ellos; se enumeran sus defectos; se los acusa de ser aburridos, de una obra demasiado extensa, de extravagancia, de mal gusto, al tiempo que se los saquea, engalanándose con plumas ajenas; pero en vano nos debatimos bajo su yugo. Todo se tiñe de sus colores; por doquier encontramos sus huellas; inventan palabras y nombres que van a enriquecer el vocabulario general de los pueblos; sus expresiones se convierten en proverbiales, sus personajes ficticios se truecan en personajes reales, que tienen herederos y linaje. Abren horizontes de donde brotan haces de luz; siembran ideas, gérmenes de otras mil; proporcionan motivos de inspiración, temas, estilos a todas las artes: sus obras son las minas o las entrañas del espíritu humano” (François de Chateaubriand: *Memorias de ultratumba*, libro XII, capítulo I, 1822).

**L**os *maestros supremos* son los escasos escritores —*genios nutricios*, dicen algunos— que satisfacen cabalmente las necesidades del pensamiento de un pueblo, aquellos que han alumbrado y amamantado a todos los que les han sucedido. **Homero** es uno de ellos, el genio fecundador de la Antigüedad, del cual descienden Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Horacio y Virgilio. **Dante** engendró la escritura de la Italia moderna, desde Petrarca hasta Tasso. **Rabelais** creó la dinastía gloriosa de las letras francesas, aquella de donde descienden Montaigne, La Fontaine y Molière. Las letras inglesas derivan por entero de **Shakespeare**, y de él bebieron Byron y Walter Scott. Y las letras castellanas siempre saben remitirse a **Miguel de Cervantes**. La originalidad de estos *maestros supremos* hace que en todos los tiempos se los reconozca como ejemplos de las bellas letras y como fuente de inspiración de cada nueva generación de escritores. Esta sección de la *Revista de Santander* solamente estará abierta para ellos, para permitirles que continúen inspirando la voluntad de perfeccionamiento constante de los nuevos escritores colombianos.

Se ha escogido para esta decimocuarta entrega de la *Revista de Santander* un texto de **Charles Dickens** procedente de *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, publicados originalmente en fascículos durante los años 1836 y 1837. Esta primera novela del escritor nacido en Portsea, cerca de Portsmouth, se convirtió en un clásico de las letras inglesas, al lado de *Tom Jones*, *Joseph Andrews* o *Tristan Shandy*. La traducción castellana fue hecha por José María Valverde y publicada por primera vez en 1980.







**E**l primer rayo de luz que ilumina la tiniebla y convierte en fulgor deslumbrante esa oscuridad en que parecen envolverse los comienzos de la historia de la vida pública del inmortal Pickwick surge al leer las siguientes anotaciones en las «Actas del Club Pickwick», que el editor de estos escritos siente el más alto placer en presentar ante sus lectores, como prueba de la cuidadosa atención, infatigable asiduidad y elegante discriminación con que se ha desarrollado su investigación entre los diversos papeles a él confiados.

«12 de mayo de 1827. Bajo la presidencia del señor Joseph Smiggers, VPPMCP.<sup>1</sup> Se aprobaron por unanimidad las siguientes resoluciones:

»Que esta Asociación ha escuchado, con sentimientos de satisfacción sin reservas y con aprobación incondicional, la lectura del informe presentado por el señor Samuel Pickwick, PGMCP,<sup>2</sup> bajo el título «*Hipótesis sobre las fuentes de los estanques de Hampstead, con algunas observaciones sobre la Teoría de los Renacuajos*», y que esta Asociación ha acordado que conste en acta su más cálido agradecimiento al mencionado señor Samuel Pickwick por dicha lectura.

»Que, por lo mismo que esta Asociación percibe vivamente las ventajas que para la causa de la ciencia han de derivarse del estudio antes tomado en consideración —así como de las incansables investigaciones que el señor Samuel Pickwick, PGMCP, ha llevado a cabo en Hornsey, Highgate, Brixton y Camberwell— no puede menos de considerar con interés los inestimables beneficios que inevitablemente resultarán de trasladar los estudios de este docto caballero a un campo más extenso, ampliando sus viajes y, en consecuencia, ensanchando su esfera de



observación, para el avance del conocimiento y la difusión del saber.

»Que, con el mencionado objetivo, esta Asociación ha considerado seriamente una propuesta presentada por el susodicho señor Samuel Pickwick, PGMCP, y otros tres pickwickianos, cuyos nombres se hacen constar más abajo, para formar una nueva rama de Pickwickianos Unidos bajo el título de Sociedad Correspondiente del Club Pickwick.

»Que la mencionada propuesta ha sido aprobada y sancionada por esta Asociación.

»Que la Sociedad Correspondiente del Club Pickwick queda por consiguiente constituida desde ahora; y que los señores Samuel Pickwick, PGMCP, TracyTupman, MCP, Augustus Snodgrass, M CP, y Nathaniel Winkle, MCP, quedan nombrados miembros de la misma, y que serán requeridos para que, de vez en cuando, presenten

1 Vicepresidente Perpetuo, Miembro del Club Pickwick.

2 Presidente General, Miembro del Club Pickwick.





informes directos de sus viajes e investigaciones, de sus observaciones sobre costumbres y caracteres, y de la totalidad de sus aventuras, juntamente con todas las narraciones y documentos a que puedan dar lugar la contemplación de los lugares o sus recuerdos, dirigiéndose al Club Pickwick, radicado en Londres.

»Que esta Asociación admite cordialmente el principio de que cada miembro

de la Sociedad Correspondiente sufrague sus propios gastos de viaje; y que no ve en absoluto ninguna objeción en cuanto a que los miembros de la mencionada Sociedad continúen sus investigaciones durante toda la extensión de tiempo que les parezca bien, bajo los mismos términos.

»Que los miembros de la susodicha Sociedad Correspondiente han de ser informados, y lo son por la presente,

de que su propuesta de pagar el franqueo de sus cartas y el transporte de sus paquetes ha sido objeto de debate por parte de esta Asociación; y que esta Asociación considera tal propuesta digna de las grandes mentes de que ha emanado, y expresa en esta acta su total aquiescencia a ella.»

Un observador casual, añade el secretario, a cuyos apuntes debemos el siguiente informe, un observador casual quizá no habría notado nada extraordinario en aquella cabeza calva y en las redondas gafas que estaban atentamente dirigidas hacia su cara (la del secretario), durante la lectura de las resoluciones que se expresan más arriba; para quienes supieran que era el colosal cerebro de Pickwick el que estaba trabajando bajo esa frente, y que eran los resplandecientes ojos de Pickwick los que centelleaban tras esos cristales, tal espectáculo resultaba realmente interesante. Allí estaba el hombre que había rastreado hasta sus fuentes los poderosos estanques de Hampstead y había agitado el mundo científico con su Teoría de los Renacuajos; allí estaba, tan tranquilo e inalterable como las profundas aguas de aquellos en un día de hielo, o como una muestra solitaria de estos en el más íntimo retiro de una olla de barro. Y cuánto más interesante llegó a ser tal espectáculo cuando, adquiriendo plena vida y animación al brotar un grito simultáneo de «¡Pickwick!» entre sus seguidores, el ilustre caballero se encaramó lentamente sobre la butaca Windsor en que había estado sentado, para dirigir la palabra al club que había fundado él mismo. ¡Qué hermoso apunte ofrecía esa escena para un artista! El elocuente Pickwick, con una mano graciosamente oculta tras los faldones de la levita y la otra agitándose en el aire para apoyar su ardiente declaración; dejando ver, por su elevada situación, esas polainas y calzones que, si hubieran revestido a un hombre corriente podrían haber pasado inadvertidas, pero que, desde el momento en que Pickwick los revestía —si podemos usar esta expresión—, inspiraban involuntariamente respeto y temor, rodeado

por los hombres que se habían ofrecido para compartir los peligros de sus viajes y que estaban destinados a participar en las glorias de sus descubrimientos.

A su derecha se sentaba el señor Tracy Tupman, el tan sensible Tupman, que a la sabiduría y experiencia de los años maduros sobreañadía el entusiasmo y ardor de un muchacho en la más interesante y perdonable de las debilidades humanas: el amor. La edad y la buena mesa habían hecho expansionarse su silueta, en otro tiempo romántica: el chaleco negro de seda se había ido ensanchando cada vez más; pulgada a pulgada, la cadena de oro del reloj había ido desapareciendo, debajo del chaleco, al alcance de la mirada de Tupman, y gradualmente la amplia sota-barba se había desbordado sobre los límites del plastrón blanco; pero el alma de Tupman no había sufrido cambio: la admiración por el bello sexo seguía siendo su pasión dominante. A la izquierda de aquel gran caudillo se sentaba el poético Snodgrass, y al lado de este, a su vez, el deportivo Winkle; aquel, líricamente envuelto en una misteriosa casaca azul con cuello de piel de perro; este, comunicando mayor refulgencia a una cazadora verde nueva, con pañuelo escocés al cuello y pantalones ajustados.

El discurso del señor Pickwick en esta ocasión, junto con el debate subsiguiente, queda anotado en las «Actas» del Club. Ambas cosas ostentan una marcada afinidad con las discusiones en otros famosos organismos y, como siempre es interesante descubrir una semejanza entre las conductas de los grandes hombres, trasladamos el acta a estas páginas.

«El señor Pickwick observó (dice el secretario) que la fama es ansiada por el corazón de todos los hombres. La fama poética era ansiada por el corazón de su amigo Snodgrass; la fama de la conquista era igualmente anhelada por su amigo Tupman; y el deseo de adquirir fama en los deportes del campo, el aire y el agua era lo que predominaba en el pecho de su amigo Winkle. Él (señor Pic-



kwick) no negaría que estaba influido por pasiones y sentimientos humanos (hurras); posiblemente, por debilidades humanas (grandes gritos de “¡No!”); pero sí diría que si alguna vez prendió en su ánimo el fuego del atan de darse importancia, lo había extinguido eficazmente el deseo de beneficiar ante todo a la especie humana. Ser alabado por la humanidad era lo que le daba impulso; la filantropía era su compañía de seguros. (Vehemente ovación.) Algún orgullo había sentido —lo reconocía francamente, y sus enemigos podían sacar el mayor partido de ello—, y algún orgullo había sentido cuando presentó al mundo su Teoría Renacuajiana; pudiera ser bien recibida o pudiera no serlo. (Un grito de “¡Sí que lo es!”, y gran ovación.) Aceptaría la afirmación de ese honorable pickwickiano cuya voz acababa de oír; pero aunque la fama de ese tratado se extendiese hasta los más remotos confines del mundo conocido, el orgullo con que se consideraría autor de ese escrito no sería nada comparado con el orgullo con que miraba alrededor de él, en este momento, el más enorgullecedor de su existencia. (Aplausos.) Él era un humilde individuo. (“¡No, no!”)

Sin embargo, no podía menos de percibir que le habían elegido para un servicio de gran honra y de no poco peligro. Los viajes estaban en un momento de perturbación, y las mentes de los cocheros estaban fuera de quicio. No había más que mirar el mundo y observar las escenas que se formaban en torno a ellos. En todos los trayectos se volcaban diligencias, se desbocaban caballos, zozobraban barcos y estallaban calderas. (Ovación; una voz: “No”.) ¡No! (Ovación.) Que salga fuera ese honorable pickwickiano que tan sonoramente ha gritado “¡No!”, y que lo niegue si puede. (Ovación.) ¿Quién es el que ha gritado “No”? (Ovación entusiástica.) ¿Era acaso algún vanidoso decepcionado... no diría chabacano (sonora ovación) que, celoso de las alabanzas que —quizá inmediatamente— se habían otorgado a sus investigaciones (las del señor Pickwick), y

escocido por la crítica que se había amontonado sobre sus débiles intentos de rivalidad, ahora adoptaba el procedimiento vil y calumnioso de ... ?

»El señor Blotton (de Aldgate) se levantó para una cuestión de procedimiento. ¿El honorable pickwickiano aludía a él? (Gritos de “Orden”, “Presidente”, “Sí”, “No”, “Adelante”, “Déjenlo”, etcétera.)

»El señor Pickwick dijo que no admitiría ser silenciado por los gritos.

»En efecto, había aludido a ese honorable caballero. (Gran excitación.) El señor Blotton solo había de decir entonces que rechazaba la falsa e indecente acusación del honorable caballero, con profundo desprecio. (Gran ovación.) El honorable caballero era un farsante. (Inmensa confusión, y fuertes gritos de “Presidente” y “Orden”.)

»El señor Snodgrass se levantó para una cuestión de procedimiento. Se encaramó de un salto sobre la silla. (Rumores de “Atención, atención”.) Deseaba saber si se iba a permitir que continuara esa desdichada discusión entre dos miembros de ese Club. (“Muy bien, muy bien.”)

»El Presidente estaba seguro de que el honorable pickwickiano retiraría la expresión de que acababa de hacer uso.

»El señor Blotton, con todo el respeto posible a la Presidencia, estaba seguro de que no iba a retirarla.

»El Presidente consideró que era su deber imperativo preguntar al honorable caballero si había usado en un sentido vulgar la expresión que se le acababa de escapar.

»El señor Blotton no vaciló en decir que no; que había usado la palabra en su sentido pickwickiano. (“Muy bien, muy bien.”) Se sentía obligado a reconocer que, personalmente, abrigaba la más alta consideración y estima hacia el honorable caballero; simplemente, le había considerado un farsante desde un punto de vista pickwickiano. (“Muy bien, muy bien.”)

»El señor Pickwick se sintió muy halagado por la correcta, franca y plena ex-

plicación de su honorable amigo. Rogaba que se entendiera inmediatamente que sus propias observaciones no habían pretendido hacer otra cosa que desarrollar un procedimiento pickwickiano. (Ovación.)»

Aquí termina la anotación, y no dudamos de que también terminó el debate, tras llegar a un punto tan comprensible y altamente satisfactorio. No tenemos constancia oficial de los hechos que el lector encontrará anotados en el siguiente capítulo, pero han sido cuidadosamente confrontados con cartas y otros testimonios manuscritos, tan indiscutiblemente auténticos como para justificar que se relaten en forma continuada.

*El viaje del primer día, y las aventuras de la primera noche; con sus consecuencias*

El puntual servidor de todo trabajo, el sol, acababa de levantarse y empezaba a lanzar su luz sobre la mañana del trece de mayo de mil ochocientos veintisiete, cuando el señor Pickwick, surgiendo de su sueño como otro sol, abrió de par en par la ventana de su cuarto y se asomó a mirar el mundo de allá abajo. A sus pies, estaba la calle Goswell; a la derecha, la calle Goswell; en lo que alcanzaba la mirada, la calle Goswell se extendía a su izquierda; y enfrente, todo era calle Goswell. «Tales son —pensó el señor Pickwick— las estrechas perspectivas de esos filósofos que, contentos con examinar las cosas que tienen delante, no miran las verdades que se ocultan detrás. Del mismo modo, yo podría contentarme con observar para siempre la calle Goswell, sin ningún esfuerzo por penetrar las ocultas regiones que la rodean por todas partes.» Y una vez emitida esta hermosa reflexión, el señor Pickwick pasó a introducirse en su traje, y a introducir sus demás trajes en la maleta. Los grandes hombres rara vez son demasiado escrupulosos en el arreglo de su indumentaria; la operación

de afeitarse, vestirse y absorber el café quedó pronto ejecutada; y una hora después, el señor Pickwick, con la maleta en la mano, el telescopio en el bolsillo del abrigo y el cuaderno de notas en el chaleco, preparado para recibir cualquier descubrimiento digno de ser apuntado, llegó a la parada de coches de St. Martin's-le-Grand.

—¡Coche! —dijo el señor Pickwick.

—Aquí está, señor —gritó un extraño ejemplar de la especie humana, con una casaca de arpillera y delantal de lo mismo, que, con una chapa de cobre y un número alrededor del cuello, parecía como si lo hubieran catalogado en alguna colección de rarezas. Este era el avisador—. Aquí está, señor. ¡A ver, el primer coche! —Y una vez traído el primer cochero de la taberna, donde fumaba su primera pipa, el señor Pickwick y su maleta fueron arrojados al vehículo.

—Golden Cross —dijo el señor Pickwick.

—Solo será un chelín, Tommy —gritó el cochero, de mal humor, para informar a su amigo el avisador, al arrancar el coche.

—¿Cuántos años tiene este caballo, amigo? —preguntó el señor Pickwick, restregándose la nariz con el chelín que reservaba para pagar el viaje.

—Cuarenta y dos —replicó el cochero, mirándole de soslayo.

—¡Cómo! —exclamó el señor Pickwick, echando mano a su cuaderno de notas.

El cochero repitió su anterior afirmación. El señor Pickwick clavó duramente su mirada en el rostro del hombre, pero este no alteró sus facciones, de modo que anotó el hecho sin más.

—¿Y cuánto tiempo seguido le saca usted a cada vez? —inquirió el señor Pickwick, en busca de ulterior información.

—Dos o tres semanas —contestó el hombre.

—¡Semanas! —dijo el señor Pickwick con asombro, y volvió a salir fuera el cuadernillo de notas.

—Vive en Pentonville cuando está en casa —señaló fríamente el cochero—, pero le llevamos a casa muy pocas veces, porque está débil.

—¡Porque está débil! —repitió el señor Pickwick, perplejo.

—Siempre se cae en cuanto le separan del coche —siguió diciendo el cochero—, pero cuando está *enganchao* le sujetamos bien fuerte, y le atamos *mu* corto, *pa* que no se pueda caer; además, le hemos puesto un par de ruedas *mu* grandes, así que en cuanto se mueve, las ruedas echan a correr detrás, y tiene que seguir palante: no *pue* hacer otra cosa.

El señor Pickwick apuntó palabra por palabra esta declaración en su cuaderno de notas, con intención de comunicarlo al Club, como ejemplo singular de la tenacidad de la vida de los caballos en circunstancias extremadas. Apenas había acabado la anotación, cuando llegaron a Golden Cross. Bajó de un salto el cochero, y salió el señor Pickwick. Los señores Tupman, Snodgrass y Winkle, que estaban esperando afanosamente la llegada de su ilustre jefe, acudieron a darle la bienvenida.

—Aquí tiene lo suyo —dijo el señor Pickwick, alargando el chelín al cochero.

¡Cuál fue el asombro del docto caballero cuando aquel imprevisible individuo tiró el dinero por el suelo y solicitó en términos mímicos que se le concediera el placer de pelearse con él (con el señor Pickwick) a cambio del importe!

—¡Está usted loco! —dijo el señor Snodgrass.

—O borracho —dijo el señor Winkle.

—O las dos cosas —dijo el señor Tupman.

—¡Vamos! —dijo el cochero, boxeando como movido por una máquina de relojería—. ¡Adelante todos, los cuatro!

—¡Vaya juerga! —gritaron media docena de cocheros de punto—. ¡Al trabajo, Sam! —Y se apiñaron con gran júbilo en torno al grupo.

—¿Por qué es esta pelea, Sam? —preguntó un caballero en mangas negras de percal.

—¡Qué pelea! —replicó el cochero— ¿*Pa* qué quería mi número?

—Yo no quería su número —dijo con asombro el señor Pickwick.

—Entonces, ¿*pa* qué lo tomó? —preguntó el cochero.

—Yo no lo he tomado —dijo el señor Pickwick con indignación.

—Nadie creería —continuó el cochero, apelando a la multitud—, nadie creería cómo un espía *se pue* meter en el coche de uno, apuntando no solo el número, sino *toas* las palabras que diga, de propina. — (Una luz iluminó al señor Pickwick: era el cuaderno de notas.)

—¿Conque eso ha hecho? —preguntó otro cochero.

—Sí, que lo ha hecho —replicó el primero— y después de provocarme *pa* que me meta con él, se busca tres testigos aquí *pa* probarlo. Pero yo se lo daré, aunque me echen seis meses por eso. ¡Venga acá! —Y el cochero tiró el sombrero por el suelo, con temerario descuido de su propiedad particular, quitándole al señor Pickwick las gafas de un golpe, y continuando el ataque con un puñetazo en la nariz del señor Pickwick, otro en el pecho del señor Pickwick, un tercer golpe en un ojo del señor Snodgrass, y otro más, por cambiar, en el chaleco del señor Tupman; luego bajó danzando de la acera, volvió a subir a la acera, y por fin hizo salir del cuerpo del señor Winkle toda su reserva momentánea de aliento; todo ello, en media docena de segundos.

—¿Dónde hay un guardia? —dijo el señor Snodgrass.

—Ponedlos debajo de la bomba —sugirió un vendedor de pasteles calientes.





—Ya le dolerá esto —jadeó el señor Pickwick.

—¡Espías! —gritó la multitud.

—Vengan acá —gritó el cochero, que había seguido todo el tiempo sin interrupción haciendo prácticas de boxeo.

La masa, hasta ese momento, había permanecido contemplando pasivamente la escena, pero al comenzar a difundirse entre todos la idea de que los pickwickianos eran espías, se empezaron a consultar con considerable vivacidad sobre la oportunidad de llevar a cabo la propuesta del acalorado vendedor de pasteles; y no cabe decir qué actos de agresión personal podían haberse cometido si no se hubiera terminado la pelea

inesperadamente con la interposición de un recién llegado.

—¿Qué es esta broma? —dijo un joven más bien alto, delgado, con casaca verde, saliendo repentinamente del patio de los coches.

—¡Son espías! —volvió a gritar la multitud.

—No lo somos —rugió el señor Pickwick, en un tono que estaba cargado de convicción para cualquier oyente desapasionado.

—Conque no lo son, ¿eh? ¿No lo son? —dijo el joven, dirigiéndose al señor Pickwick, y abriéndose paso a través de la multitud por el infalible proceso de dar codazos a las personas de sus miembros componentes.

El docto caballero, en unas pocas palabras apresuradas, explicó la realidad del caso.

—Vengan por aquí, entonces —dijo el de la casaca verde, arrastrando a la fuerza al señor Pickwick y sin dejar de hablar por el camino—. A ver, número 924, toma lo tuyo, y quítate de en medio... un respetable caballero... le conozco bien... no hay nada de tus tonterías... por aquí, señor... ¿dónde están sus amigos...?, todo fue un error, ya veo... no se preocupe... siempre hay accidentes... en las mejores familias... no se desanime... las cosas como vienen... hay que arreglarle... que se aguante con ello... aunque no le guste... malditos bribones. —Y con una prolongada retahíla de otras semejantes frases inconexas, lanzadas con extraordinaria volubilidad, el desconocido les abrió paso hasta la sala de espera de viajeros, adonde fue seguido de cerca por el señor Pickwick y sus discípulos.

»¡A ver, camarero! —gritó el desconocido, agitando la campanilla con extraordinaria violencia—. Vasos para todos... brandy con agua, caliente y fuerte, y dulce, mucho... ¿averiado el ojo, señor? ¡Camarero!, un filete crudo para el ojo del caballero... nada como filete crudo para una magulla-

dura, señor: muy bueno el poste frío de un farol, pero no es conveniente... demasiado raro, estar media hora en plena calle con el ojo contra un farol... ¿eh...?, muy bueno... ¡ja, ja! —Y el desconocido, sin pararse a tomar aliento, se tragó de un sorbo más de media pinta del humeante aguardiente con agua, tendiéndose en una butaca con tanta tranquilidad como si no hubiera pasado nada de particular.

Mientras sus tres compañeros estaban ocupados activamente en expresar su agradecimiento a su nuevo conocido, el señor Pickwick tuvo amplia ocasión para examinar su indumentaria y aspecto.

Era de estatura mediana, pero la delgadez del cuerpo y la largura de las piernas le daban aire de ser mucho más alto. La casaca verde debió de haber sido una prenda elegante cuando la moda de los «faldones de golondrina», pero evidentemente en aquellos tiempos había adornado a alguien mucho más bajo que el actual desconocido, pues las ajadas y sucias mangas escasamente alcanzaban las muñecas. Llevaba la casaca del todo abotonada hasta el cuello, con inminente riesgo de que se le abriera por la espalda; un viejo plastrón, sin vestigio de cuello de camisa, la remataba por arriba. Sus escasos pantalones negros ostentaban acá y allá esas manchas brillantes que hablan de largos servicios, y estaban enganchados con gran tirantez a unos zapatos llenos de piezas, como queriendo ocultar las sucias medias negras, que, sin embargo, se veían con claridad. Su largo pelo negro escapaba en ondas negligentes por ambos lados de su viejo sombrero bien apretado; y entre el extremo de sus guantes y los puños de las mangas de la casaca se podían observar vislumbre de las muñecas desnudas. Su rostro era delgado y macilento, pero un aire de desvergüenza garbosa y de perfecto dominio de sí mismo envolvía en conjunto a aquel hombre.

Tal era el individuo a quien el señor Pickwick observó a través de sus lentes

(que afortunadamente había recobrado), y a quien, una vez que sus amigos quedaron agotados, pasó a agradecer, en términos escogidos, su más cálido agradecimiento por la reciente asistencia.

—No se preocupe —dijo el desconocido, cortando inmediatamente sus palabras—, ha dicho de sobra... nada más; tipo listo, ese cochero... manejaba bien los cinco dedos; pero si yo hubiera sido su amigo, el de la cazadora verde... maldita sea... un golpe en la cabeza... seguro que lo hubiera hecho... visto y no visto... y al pastelero... no es broma.

Esta bien encadenada alocución quedó interrumpida por la entrada del cochero de Rochester, que anunció que la diligencia *El Comodoro* estaba a punto de salir.

—¡La diligencia! —dijo el desconocido, levantándose de un salto— mi coche... un sitio reservado... de arriba... les dejo que paguen el brandy... quiero cambio de cinco... mala plata... botones de metal... no sirven, no pasan... ¿eh? —Y sacudió la cabeza con aire experto.

Ahora bien, ocurrió que el señor Pickwick y sus tres compañeros habían decidido que Rochester sería el primer lugar donde se detuvieran; y al insinuar a su recién conocido que iban de viaje a la misma ciudad, se pusieron de acuerdo para ocupar el asiento de atrás del coche, donde todos podrían ir juntos.

—Arriba con usted —dijo el desconocido, ayudando al señor Pickwick a subir al techo, con tanta precipitación que trastornó de manera muy material la gravedad de la actitud de dicho caballero.

—¿Tiene equipaje, señor? —preguntó el cochero.

—¿Quién, yo? Aquel paquete de papel de estraza, eso es todo... el otro equipaje va por barca... los baúles, todos clavados... grandes como casas... pesado, pesados, los condenados —replicó el desconocido, metiéndose a la fuerza en el bolsillo



todo lo que pudo el paquete de estraza, que ofrecía muchas indicaciones sospechosas de contener una camisa y un pañuelo.

—¡Las cabezas, las cabezas! ¡Cuidado con las cabezas! —gritó el locuaz desconocido, cuando salieron por la baja puerta en arco que en aquellos tiempos formaba el acceso al patio de los coches—. ¡Terrible sitio... trabajo peligroso... el otro día... cinco niños... la madre... una señora alta, comiendo bocadillos... se olvidó del arco... crac... paf... los niños miraron alrededor... la cabeza de la madre caída... el bocadillo en la mano... sin boca en que ponerlo... la cabeza de una familia... terrible, terrible! ¡Mira Whitehall, señor...?, bonito sitio... ventana muy pequeña... ahí cayó otra cabeza, ¿eh...? aquel tampoco miró bastante... ¿eh, señor?

—Estoy rumiando —dijo el señor Pickwick— sobre la extraña mutabilidad de los asuntos humanos.

—¡Ah, claro... ! Un día en la puerta del palacio; por la ventana al otro... ¿Es filósofo el señor?

—Soy observador de la naturaleza humana, señor —dijo el señor Pickwick.

—Ah, yo también. Casi todos lo son cuando tienen poco que hacer y menos que sacar. ¿Poeta, señor?

—Mi amigo el señor Snodgrass tiene una fuerte inclinación poética —dijo el señor Pickwick.

—Yo también —dijo el desconocido— Un poema épico... diez mil versos... revolución de Julio... lo compuse allí mismo... Marte de día, Apolo de noche... disparar el arma y pulsar la lira.

—¿Estuvo presente en aquella gloriosa escena, señor? —dijo el señor Snodgrass.

—¡Presente!, ¿cómo no?;<sup>3</sup> luego con un mosquete... el fuego de una idea... corría a la taberna... la escribía... vuelta otra vez...

3 Notable ejemplo de la fuerza profética de la imaginación del señor Jingle, pues este diálogo tiene lugar en el año 1827, y la Revolución en 1830.

pim, pam... otra idea... la taberna otra vez... pluma y tinta... vuelta otra vez... cortar y tajar... tiempo admirable, señor. ¿Deportista, usted; —dijo volviéndose repentinamente hacia el señor Winkle.

—Un poco —replicó este caballero.

—Buena ocupación, señor... buena ocupación... ¿Perros, usted?

—Ahora precisamente, no —dijo el señor Winkle.

—¡Ah!, debería tener perros... estupendos animales... criaturas sagaces... Tuve un perro una vez... un pointer... un instinto sorprendente... un día, de caza... entrábamos en un coto; silbo... el perro, parado... silbo... ¡Ponto...! Nada, no se movía; quieto... le llamo, ¡Ponto, Ponto...! No se movía... el perro, como en éxtasis... mirando una tabla... me fijo: decía: «El guarda tiene orden de tirar sobre los perros que entren en este vedado»... no quería pasar... maravilloso perro... valioso perro... mucho...

—¡Qué curiosa circunstancia esa! —dijo el señor Pickwick—. ¿Me permitirá que tome nota de ella?

—¡Cómo no, señor, cómo no... ! Cien anécdotas más del mismo animal... Bonita chica, ¿eh, señor? —(al señor Tracy Tupman, que había lanzado varias miradas nada pickwickianas a una joven que había junto al camino).

—¡Mucho! —dijo el señor Tupman.

—Las chicas inglesas, no tan guapas como las españolas... nobles criaturas... ojos negros... formas admirables... dulces criaturas... hermosas...

—¿Ha estado en España? —preguntó el señor Tracy Tupman.

—Vivido... siglos enteros.

—¿Muchas conquistas, eh? —inquirió el señor Tupman.

—¡Conquistas! ¡Miles! Don Bolaro Fizzgig... Grande de España... una hija única... doña Cristina... espléndida criatura... me amó hasta la locura... el padre, celoso...

la hija, de alma elevada... el guapo inglés... doña Cristina, desesperada... ácido prúsi-co... en mi maleta, una sonda de estómago... hice la operación... el viejo Bolaro, extasiado... consiente en nuestra unión... en nuestras manos, con torrentes de lágrimas... historia romántica... mucho ...

—¿Está ahora en Inglaterra esa dama, señor? —preguntó el señor Tupman, en quien había hecho una poderosa impresión la descripción de sus encantos.

—Muerta, señor... muerta —dijo el desconocido, acercándose al ojo derecho el breve resto de un viejísimo pañuelo de batis-ta—. Nunca se recobró de la sonda de estó-mago... constitución minada... cayó como víctima.

—¿Y su padre? —preguntó el poé-tico Snodgrass.

—Remordimiento y consterna-ción —replicó el desconocido—. Una desa-parición súbita... toda la ciudad hablando... búsquedas por todas partes, sin resultado... la fuente en la plaza mayor de repente no mana... pasan semanas... sigue parada... unos obreros, empleados en arreglarla... sa-can el agua... se descubrió a mi suegro con la cabeza en la tubería principal, con toda su confesión en la bota derecha... le sacaron y la fuente manó como siempre.

—¿Me permite anotar esa román-tica aventura? —dijo Snodgrass, profunda-mente afectado.

—¡Cómo no, señor, cómo no...! Cincuenta más, si desea oírlas... extraña vida, la mía... una historia bastante curio-sa... no extraordinaria, pero singular...

En este tono, con algún vaso de cerveza de vez en cuando, a modo de parén-tesis, cuando el coche cambiaba de caballos, continuó el desconocido hasta que llegaron al puente de Rochester, en cuyo momento los cuadernos de notas, tanto del señor Pickwick como del señor Snodgrass, estaban com-pletamente llenos con una selección de sus aventuras.

—¡Magnífica ruina! —dijo el señor Augustus Snodgrass, con todo el fervor poé-tico que le distinguía, al llegar a la vista de aquel admirable castillo antiguo.

—¡Qué espectáculo para un aficio-nado a las antigüedades! — fueron las pala-bras precisas que cayeron de la boca del señor Pickwick, al llevarse el telescopio al ojo.

—¡Ah!, estupendo sitio —dijo el desconocido—, glorioso montón... paredes que se caen... arcos vacilantes... rincones oscuros... escaleras en ruinas... una vieja catedral, también... olor a tierra... los pies de los peregrinos desgastaron los escalones... puertecillas sajonas... confesonarios como taquillas de teatro... rara gente, esos mon-jes... papas, y tesoreros reales, y toda clase de gente antigua, con grandes caras rojas, y nar-ices rotas, apareciendo todos los días... cha-quetones de cuero, también... mosquetes de chispa... sarcófagos... hermoso sitio... viejas leyendas también... historias extrañas: mag-nífico. —Y el desconocido continuó su solilo-quio hasta que llegaron a la Posada del Toro, en la High Street, donde se paró el coche.

—¿Se queda aquí usted? —pregun-tó Nathaniel Winkle.

—Aquí... yo no... pero ustedes sí deberían... una buena casa... estupendas camas... La otra casa es Wright, muy cara... muy cara... media corona es la cuenta si mi-ran al camarero... les cargan más si cenan en casa de un amigo que si cenan en el come-dor... gente rara... mucho.

Winkle se volvió hacia el señor Pickwick, y murmuró unas pocas palabras; un susurro pasó del señor Pickwick a Snodgrass, de Snodgrass a Tupman, y se intercambia-ron cabezadas de asentimiento. El señor Pickwick se dirigió al desconocido.

—Esta mañana usted nos ha he-cho un favor muy importante —dijo—: ¿nos permitirá ofrecerle una ligera señal de nues-tra gratitud solicitando el placer de que nos acompañe a comer?



—Gran placer... no es que quiera imponer nada, pero pollo asado con setas... ¡cosa estupenda! ¿A qué hora?

—Vamos a ver —replicó el señor Pickwick, consultando su reloj—, son casi las tres. ¿Digamos a las cinco?

—Me viene muy bien —dijo el desconocido— a las cinco en punto... hasta entonces... cuidense de ustedes mismos. —Y levantando unas pocas pulgadas de la cabeza su estropeado sombrero para volver a ponerlo descuidadamente muy de medio lado, el desconocido, con la mitad del paquete de papel de estraza saliéndosele por el bolsillo, echó a andar rápidamente por el patio y dobló por High Street.

—Evidentemente, ha viajado por muchos países, y es un atento observador de personas y cosas —dijo el señor Pickwick.

—Me gustaría ver su poema —dijo Snodgrass.

—Me gustaría haber visto su perro —dijo Winkle. Tupman no dijo nada, pero pensó en doña Cristina, en la sonda de estómago y la fuente; y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Después de pedir un comedor reservado, de inspeccionar las alcobas y de encargar la comida, el grupo salió a echar un vistazo a la ciudad y alrededores inmediatos.

No encontramos, en una atenta lectura de las notas que tomó el señor Pickwick en cuatro ciudades, Stroud, Rochester, Chatham y Brompton, que sus impresiones sobre su aspecto difieran en ningún punto importante de las de otros viajeros que han pasado por las mismas tierras. Su descripción general queda fácilmente resumida.

«La producción principal de estas ciudades —dice el señor Pickwick—, parece consistir en soldados, marineros, judíos, yeso, camarones, funcionarios y estibadores. Las mercancías principalmente expuestas para su venta en las calles públicas son utensilios de marinero, galletas, manzanas y os-tras. Las calles presentan un aspecto de viva animación, ocasionada principalmente por

el espíritu festivo y convivial de los militares. Para un ánimo filantrópico, es verdaderamente delicioso ver a estos valientes vacilando de acá para allá, bajo la influencia de un exceso de espíritu vital y de espíritu de vino; sobre todo si recordamos que el seguirles y hacer bromas con ellos permite a la población infantil tener una diversión inocente y barata. Nada —añade el señor Pickwick— puede superar su buen humor. El mismo día antes de mi llegada, uno de ellos había sido groseramente insultado en casa de un tabernero. La moza había rehusado decididamente servirle más bebida; en respuesta a lo cual, él (meramente en broma) sacó la bayoneta e hirió a la muchacha en un hombro. ¡Y sin embargo, este mismo simpático muchacho fue el primero en acudir a la casa al día siguiente, a expresar que estaba dispuesto a pasar por alto el asunto y olvidar lo que había ocurrido!

»El consumo de tabaco en estas ciudades —continúa el señor Pickwick— debe de ser muy grande, y el olor que invade las calles debe de ser extremadamente delicioso para los que sean muy aficionados a fumar. Un viajero superficial podría criticar la basura que es la característica dominante de estas calles, pero para quienes la vean como una indicación del tráfico y la prosperidad comercial resulta verdaderamente reconfortante.»

A las cinco en punto llegó el desconocido, y poco después, la cena. Se había despojado del paquete de papel de estraza, pero no había introducido alteración en su indumentaria, y estaba más locuaz que nunca, si era posible.

—¿Esto qué es? —preguntó cuando el camarero levantaba una de las tapas.

—Lenguados, señor.

—Lenguados, ¡ah...!, estupendo pescado... todo viene de Londres... los propietarios de las diligencias organizan banquetes políticos... transporte de lenguados... docenas de cestos... tipos listos. ¿Un vaso de vino para usted?

—Con mucho gusto —dijo el señor Pickwick. Y el desconocido tomó vino, primero con él, luego con Snodgrass, luego con Tupman, luego con Winkle, y luego con todo el grupo junto, casi con la misma rapidez con que hablaba.

—Qué jaleo endemoniado en la escalera, camarero —dijo el desconocido—. Suben armazones... bajan carpinteros... lámparas, espejos, arpas. ¿Qué es lo que pasa?

—Un baile, señor —dijo el camarero.

—¡Ah, una asamblea!

—No, señor, nada de asamblea, un baile benéfico de caridad, señor.

—¿Muchas mujeres guapas en esta ciudad, tiene idea? —preguntó Tupman con gran interés.

—Espléndidas, estupendas. Kent... todo el mundo conoce Kent... manzanas, cerezas, lúpulo y mujeres. ¡Un vaso de vino para usted!

—Con mucho gusto —replicó Tupman.

El desconocido llenó y vació el vaso.

—Me gustaría mucho ir —dijo Tupman, reanudando el tema del baile—, mucho.

—Hay entradas en el bar, señor —intervino el camarero—. A media guinea.

Tupman volvió a expresar un serio deseo de estar presente en la fiesta, pero al no encontrar respuesta en la ensombrecida mirada de Snodgrass, ni en la abstraída expresión del señor Pickwick, se aplicó con gran interés al vino dulce y a los postres, que acababan de ser colocados en la mesa. El camarero se retiró, y el grupo quedó disfrutando el agradable par de horas que sucede a la cena.

—Perdón —dijo el desconocido—, la botella está quieta... hágale dar la vuelta... en la dirección del sol... por el gazzate... no haya posos. —Y vació el vaso, que había lle-

nado unos dos minutos antes, y se escanció otro como quien está acostumbrado a ello.

Se acabó el vino, y encargaron una nueva reserva. El invitado hablaba y los pickwickianos escuchaban. Tupman se sentía a cada momento más inclinado a ir al baile. La fisonomía del señor Pickwick resplandecía con una expresión de filantropía universal, y Winkle y Snodgrass se quedaron dormidos.

—Están empezando arriba —dijo el desconocido—, oigo a la gente... los violines afinan... ahora el arpa... allá van. —Los diversos sonidos que descendían hasta ellos por las escaleras anunciaban el comienzo del primer rigodón.

—Cómo me gustaría ir —dijo otra vez Tupman.

—A mí también —dijo el desconocido—: maldito equipaje... bultos pesados... nada con que ir... ¿curioso, no?

Ahora bien, la benevolencia universal era uno de los rasgos dominante de la teoría pickwickiana, y nadie se distinguía tanto como el señor Tracy Tupman por su celosa manera de observar tan noble principio. Es casi increíble el número de ocasiones anotadas en las «Actas» de la Sociedad en que este excelente hombre había remitido posibles beneficiarios de caridad a las casas de otros miembros, en busca de ropas viejas o de alivio pecuniario.

—Me gustaría mucho prestarle un cambio de ropa para este objeto —dijo Tracy Tupman—, pero usted es más bien delgado, y yo...

—Más bien gordo... un Baco entrado en años... con las hojas cortadas... bajando del barril, y vestido de cachemir, ¿eh...?, no doblemente destilado, sino doblemente molido... ¡ja, ja!, pásame el vino.

Si Tupman se sintió un tanto indignado ante el tono perentorio con que se le expresaba el deseo de que pasara el vino que el desconocido hizo pasar tan rápidamente a mejor vida, o si se sintió muy adecuadamente escandalizado al ver que un influyente



miembro del Club Pickwick era ignominiosamente comparado a un Baco a pie, es una cuestión todavía no averiguada por completo. Pasó el vino, tosió dos veces, y miró durante varios segundos al desconocido con severa intensidad; no obstante, como el mencionado individuo parecía perfectamente dueño de sí y completamente tranquilo bajo sus miradas inquisitivas, poco a poco fue ablandándose, y volvió al asunto del baile.

—Iba a decirle —dijo— que aunque mis ropas serían demasiado anchas, quizá le sentaría mejor un traje de mi amigo el señor Winkle.

El desconocido tomó medidas a Winkle con la mirada, y su rostro chispeó de satisfacción al decir:

—Eso es lo que me hace falta.

Tupman miró en torno. El vino, que había ejercido su influjo somnífero en Snodgrass y Winkle, había arrebatado los sentidos del señor Pickwick. Este caballero había pasado gradualmente por las diversas etapas que preceden al letargo producido por una buena cena y sus consecuencias. Había atravesado las transiciones normales desde la cima de la alegría convivial hasta las profundidades de la melancolía, y desde las profundidades de la melancolía hasta la cima de la alegría convivial. Como un farol de gas en la calle, había ostentado por un momento un fulgor poco natural, descendiendo luego hasta no ser apenas discernible; tras de un breve intervalo, había vuelto a inflamarse de nuevo, para iluminar por un instante; luego chisporroteó con una luz incierta y vacilante, para desaparecer después por completo. Su cabeza quedó desplomada sobre el pecho, y un perpetuo ronquido, con un parcial atragantamiento de vez en cuando, quedaron como únicas indicaciones audibles de la presencia de aquel gran hombre.

Cada vez adquiriría más fuerza sobre Tupman la tentación de estar presente en el baile y de formar sus primeras impresiones sobre la belleza de las damas de Kent. Igual-

mente grande era la tentación de llevar consigo al desconocido. No conocía en absoluto la ciudad ni a sus habitantes, y el desconocido parecía poseer tanto conocimiento de ambas cosas como si hubiera vivido allí desde su infancia. Winkle estaba dormido, y Tupman tenía suficiente experiencia en tales materias como para saber que en el momento en que despertase, siguiendo el curso ordinario de la naturaleza, se deslizaría pesadamente hacia la cama. Estaba indeciso.

—Llene su vaso y pásame el vino —dijo el infatigable invitado.

Tupman hizo lo que se le solicitaba, y el estímulo adicional del último vaso estableció su determinación.

—La alcoba de Winkle está junto a la mía —dijo Tupman—: ahora no podría hacerle comprender lo que quiero, aunque le despertara, pero sé que tiene un traje de etiqueta en una maleta; y suponiendo que usted se lo pusiera para ir al baile, y se lo quitara al volver, yo lo podría volver a colocar sin molestarle en absoluto con todo este asunto.

—Estupendo —dijo el desconocido—, magnífico plan... maldita situación extraña... catorce casacas en las maletas, y obligado a ponerme la de otro... muy buena idea, esta... mucho.

—Tenemos que comprar las entradas —dijo Tupman.

—No vale la pena partir una guinea —dijo el desconocido—: echemos a cara y cruz quién paga las dos... yo pido; usted tira... primera vez... mujer... mujer... encantadora mujer... —y cayó la moneda mostrando el dragón (llamado mujer por cortesía).

Tupman tocó la campanilla, compró las entradas, y pidió unas velas para ir a las habitaciones. Un cuarto de hora después, el desconocido estaba completamente vestido con un traje completo de Nathaniel Winkle.

—Es un frac nuevo —dijo Tupman, mientras el desconocido se miraba con gran complacencia en un espejo de tocador—; el primero que se ha hecho con el

botón de nuestro Club. —Y llamó la atención de su compañero sobre el gran botón dorado que ostentaba en el centro un busto del señor Pickwick, con las letras C. P. a cada lado.

—C. P. —dijo el desconocido—, curiosa insignia... la cara del viejo y «C. P.»... ¿Qué significa C. P...? ¿«Casaca Perfecta», eh?

Tupman, con creciente indignación y gran solemnidad, explicó la inscripción mística.

—Un poco corto de talle, ¿no? —dijo el desconocido, retorciéndose para echar una ojeada en el espejo a los botones de la cintura, que estaban a mitad de camino subiendo por la espalda—: Como la casaca de un administrador de correos... extraños trajes estos... hechos por contrata... sin medidas... designios misteriosos de la providencia... a los bajos les dan los largos... a todos los altos, los cortos.

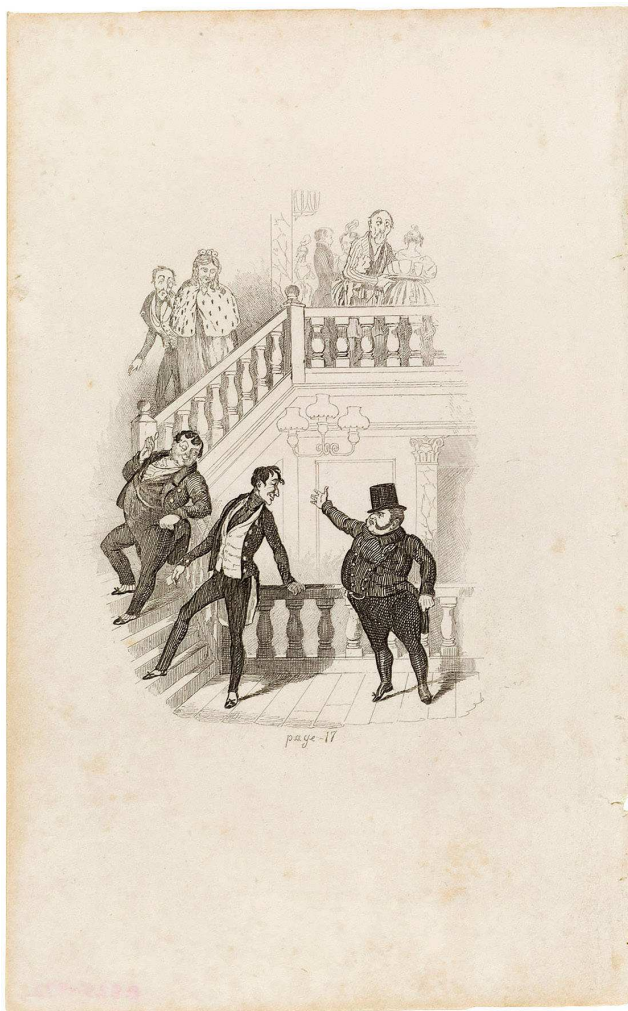
Continuando así, el nuevo compañero de Tupman se ajustó el traje, o mejor dicho, el traje de Winkle; y acompañado por Tupman, subió por la escalera que llevaba a la sala de baile.

—¿Qué nombres, señor? —dijo el hombre que estaba a la puerta. El señor Tracy Tupman se adelantaba a anunciar sus títulos, cuando el desconocido se lo impidió.

—Nada de nombres —y luego susurró a Tupman—: los nombres no sirven... no son conocidos... son muy buenos nombres para lo suyo, pero no son grandes... nombres magníficos para una pequeña reunión, pero no harán impresión en reuniones públicas... de incógnito, eso es lo bueno... unos caballeros de Londres... distinguidos forasteros... cualquier cosa.

La puerta se abrió de par en par y Tracy Tupman y el desconocido entraron en la sala de baile.

Era una larga habitación con bancos cubiertos de carmesí y candelas de cera en candelabros de cristal. Los músicos estaban encerrados con toda seguridad en un corral elevado, y dos o tres grupos de bai-



larines iban despachando sistemáticamente los rigodones. Dos mesas de juego se habían instalado en la sala adyacente, y dos parejas de viejas damas y un número análogo de obesos caballeros desarrollaban una partida de whist.

Acabó la parte final del primer rigodón, los bailarines deambularon por la sala, y Tupman y su compañero se instalaron en un rincón para observar a la concurrencia.

—¡Mujeres encantadoras! —dijo Tupman.

—Espere un momento —dijo el desconocido—, ya habrá diversión... los aristócratas todavía no han llegado... extraño sitio... la gente alta del arsenal no conoce a

la gente baja del puerto... la gente baja del arsenal no conoce a la pequeña burguesía... la pequeña burguesía no conoce a los comerciantes... el comisario no conoce a nadie.

—¿Quién es ese muchachito de pelo rubio y ojos enrojecidos, con traje de máscara?

—No grite, por favor... ojos enrojecidos... traje de máscara... muchachito... qué tontería... un alférez del 97... honorable Wilmot Snipe... gran familia, los Snipe... mucho.

—¡Sir Thomas Clubber, lady Clubber, y las señoritas Clubber! —gritó con voz estentórea el hombre de la puerta. Gran sensación produjo en toda la sala la entrada de un caballero muy alto con frac azul de botones brillantes, una corpulenta dama vestida de raso azul, y dos jóvenes damitas, de escala análoga, con trajes a la moda del mismo matiz.

—El comisario... jefe del arsenal... un gran hombre... un hombre notablemente grande —susurró el desconocido al oído de Tupman, mientras el comité de beneficencia acompañaba a sir Thomas Clubber y familia a la cabecera de la sala. El honorable Wilmot Snipe y otros distinguidos caballeros se apiñaron para rendir homenaje a las señoritas Clubber, mientras sir Thomas Clubber permanecía altivamente erguido, mirando majestuosamente, por encima de su corbata negra, a la reunión allí congregada.

—El señor Smithie, la señora Smithie y las señoritas Smithie —fue el siguiente anuncio.

—¿Quién es el señor Smithie? —preguntó Tupman.

—Uno del arsenal —replicó el desconocido. El señor Smithie se inclinó deferentemente ante sir Thomas Clubber, y sir Thomas Clubber acusó recibo del saludo con consciente condescendencia. Lady Clubber observó como por un telescopio a la señora Smithie y familia a través de sus impertinentes, mientras la señora Smithie, a su vez, miraba fijamente a la señora No Sé Cuántos,

cuyo marido no pertenecía en absoluto al arsenal.

—El coronel Bulder, la señora Bulder y la señorita Bulder —fue la siguiente llegada.

—Jefe de la guarnición —dijo el desconocido, en respuesta a la mirada interrogante de Tupman.

La señorita Bulder fue cálidamente recibida por las señoritas Clubber; el saludo entre la señora Bulder y lady Clubber fue del carácter más afectuoso; y el coronel Bulder y sir Thomas Clubber se ofrecieron mutuamente las tabaqueras, con aire de ser un par de Alexander Selkirk, «monarcas de cuanto se extendía a su vista».

Mientras la aristocracia del lugar —los Bulder, los Clubber y los Snipe— preservaba así su dignidad en el extremo superior de la sala, las demás clases de la sociedad imitaban su ejemplo en otras partes. Los menos aristocráticos oficiales del 97 se dedicaban a las familias de los menos importantes funcionarios del arsenal. Las esposas de los procuradores y la señora del comerciante de vinos encabezaban otro grado (la señora del vinatero visitaba a los Bulder); y la señora Tomlinson, esposa del jefe de correos, parecía haber sido elegida por común asentimiento como cabeza del Grupo comercial.

Uno de los personajes presentes con mayor popularidad en su propio círculo era un hombrecito gordo, con un círculo de pelo negro en torno a la cabeza y una amplia llanura calva en su cima: el doctor Slammer, médico del regimiento 97. El doctor tomaba rapé con todos, charlaba con todos, reía, bailaba, gastaba bromas, jugaba al whist, lo hacía todo y estaba en todas partes. A estos empeños, aun siendo tan variados, el doctorcito añadía otro más importante que ninguno: no se cansaba de dedicar su atención más constante y devota a una viudita de cierta edad cuyo rico vestido y abundancia de joyas la proclamaban como un aumento muy deseable para unos ingresos limitados.



Los ojos de Tupman y de su compañero llevaban un rato fijos en el doctor y la viuda, cuando el desconocido rompió el silencio.

—Mucho dinero... esa vieja... doctor fastidioso... no es mala idea... muy divertido —fueron las comprensibles frases que salieron de sus labios.

Tupman le miró a la cara inquisitivamente.

—Voy a bailar con la viuda —dijo el desconocido.

—¿Quién es? —preguntó Tupman.

—No sé... en mi vida la he visto... voy a quitar de en medio al doctor... ahí va.

Y el desconocido cruzó inmediatamente la sala y, apoyándose en una repisa de chimenea empezó a contemplar la gruesa persona de la viejita con aire de admiración respetuosa y melancólica. Tupman lo observaba con mudo asombro.

El desconocido hizo rápidos progresos; el médico bailaba con otra señora; la viuda dejó caer el abanico; el desconocido lo recogió y se lo entregó... una sonrisa... (una reverencia de cortesía...), unas pocas palabras de conversación. El desconocido marchó atrevidamente a buscar al maestro de ceremonias, volvió con él; hubo una pequeña pantomima de presentaciones; y el desconocido y la señora Budger ocuparon su lugar en un rigodón.

La sorpresa de Tupman ante este procedimiento sumarísimo, aun siendo grande, fue inconmensurablemente superada por el asombro del doctor. El desconocido era joven, y la viuda se sentía halagada. La viuda no prestó atención ya a los homenajes del doctor, cuya indignación se estrellaba vanamente contra su imperturbable rival. El doctor Slammer se quedó paralizado. ¡Él, el doctor Slammer, del 97, quedar aniquilado en un momento por un hombre a quien nadie había visto antes, y a quien nadie conocía ahora tampoco! El señor Slammer... rechazado, el doctor Slammer, del 97. ¡Imposible! ¡No podía ser! Sí, lo era; allí estaban. ¡Cómo, el

otro presentaba a su amigo! ¡No podía creer a sus ojos! Volvió a mirar y se vio en la penosa necesidad de admitir la veracidad de su óptica; la señora Budger bailaba con el señor Tracy Tupman; no había modo de equivocarse sobre ese hecho. Allí estaba ante él la viuda, saltando en persona de acá para allá, con vigor desacostumbrado; y Tracy Tupman, dando brincos alrededor, con rostro expresivo de la más intensa solemnidad, bailando (como hacen muchos) igual que si un rigodón no fuera una cosa para reírse sino una severa prueba para los sentimientos, que requiere inflexible resolución para hacerle frente.

En silencio y con paciencia aguantó el doctor todo esto, y el ofrecimiento de ponche, y el buscar vasos, y el apresurarse a traer bizcochos, y todo el coqueteo subsiguiente; pero, unos pocos segundos después de que el desconocido desapareciera para acompañar a la señora Budger a su coche, salió disparado de la sala, en efervescencia todas las partículas de su indignación hasta entonces embotellada, y rebotando por toda su persona un sudor de pasión.

El desconocido estaba de vuelta, con Tupman a su lado. Hablaba a media voz, y reía. El doctorcito sintió sed de su sangre: le veía triunfante y resplandeciente de júbilo.

—¡Caballero! —dijo el doctor con voz terrible, sacando una tarjeta y retirándose a un rincón del pasillo—, me llamo Slammer, doctor Slammer... regimiento 97... cuartel de Chatham... , mi tarjeta, caballero, mi tarjeta... —Quiso añadir más, pero la indignación le atragantaba.

—¡Ah! —replicó fríamente el desconocido—. Slammer... encantado... mis mejores respetos... no estoy enfermo ahora, Slammer... pero cuando lo esté... ya le daré un golpe.

—Usted... usted es un embustero, caballero —jadeó el furioso doctor—, un granuja... un cobarde... un mentiroso... un... un... ¿no hay nada que le haga darme su tarjeta, caballero?

—¡Ah, ya comprendo! —dijo el desconocido, medio retirándose—; aquí hacen el ponche muy fuerte... el posadero es muy generoso... muy loco... mucho... mejor sería limonada... hace calor en la sala... caballeros de cierta edad... se resienten por la mañana... es cruel... cruel. —Y dio un paso o dos.

—Está usted estorbando en esta casa, caballero —dijo el hombrecito indignado—, ahora está usted borracho: ya tendrá noticias más por la mañana. Ya le encontraré, ya le descubriré.

—¿Descubrirme? No le será fácil —replicó el desconocido, sin alterarse.

El doctor Slammer le miró con ferocidad inexpresable, encajándose el sombrero en la cabeza con un golpe indignado; y el desconocido y Tupman fueron a la alcoba de este para devolver al inconsciente Winkle el plumaje tomado en préstamo.

Este caballero estaba profundamente dormido; la devolución se hizo pronto. El desconocido estaba extremadamente chistoso, y Tracy Tupman, desconcertado con el vino, el ponche, las luces y las mujeres, consideraba todo el asunto como una broma estupenda. Se marchó su nuevo amigo, y Tracy Tupman, tras de experimentar alguna ligera dificultad para encontrar en su gorro de dormir el orificio originariamente destinado a recibir su cabeza, hasta derribar al fin la palmatoria en sus luchas por ponérselo, se las arregló para meterse en la cama mediante una serie de complicadas evoluciones, poco después de lo cual quedó sumergido en el reposo.

Apenas habían acabado de dar las siete de la siguiente mañana, cuando la perspicaz mente del señor Pickwick se vio extraída del estado de inconsciencia en que el sueño la había sumergido al oír unos sonoros golpes en la puerta de su cuarto.

—¿Quién es? —dijo el señor Pickwick, incorporándose sobresaltado.

—El camarero, señor.

—¿Qué quiere?

—Por favor, señor, ¿puede decirme cuál es el caballero de su grupo que tiene un frac azul claro con botones dorados que llevan escrito «C. P.»?

«Lo habrán dado a cepillar —pensó el señor Pickwick— y se le ha olvidado a este hombre a quién pertenece.»

—Es el señor Winkle —gritó—, la tercera puerta a la derecha.

—Gracias, señor —dijo el criado, y se fue.

—¿Qué es lo que ocurre? —gritó Tupman, cuando unos ruidosos golpes en su propia puerta le sacaron de su reposo en olvido.

—¿Puedo hablar con el señor Winkle? —replicó el criado desde fuera.

—¡Winkle, Winkle! —gritó Tupman, llamando hacia el cuarto de dentro.

—¿Qué hay? —contestó una débil voz a través de las mantas.

—Le buscan; alguien que está a la puerta. —Y tras obligarse a articular todo eso, Tracy Tupman dio la vuelta y se volvió a dormir profundamente.

—¡Me buscan! —dijo Winkle, saliendo apresuradamente de la cama y poniéndose algunas prendas de vestir—. ¡Me buscan! ¡A esta distancia de Londres! ¿Quién demonios podrá ser?

—Un caballero que está en la sala, señor —contestó el criado cuando Winkle abrió la puerta para encararse con él— un caballero que dice que no le entretendrá mucho, pero que no aceptará que se niegue a verle.

—¿Qué raro! —dijo Winkle—. Bajo enseguida.

Se envolvió apresuradamente en una bufanda de viaje y un batín, y bajó las escaleras. Una vieja y un par de camareros limpiaban la sala del café, mientras un oficial en uniforme de cuartel miraba fuera por la ventana. Se volvió cuando entró Winkle, e hizo una rígida inclinación de cabeza. Después de ordenar a los criados que se retiraran y de cerrar con mucho cuidado la puerta, dijo:

—¿El señor Winkle, supongo?

—Me llamo Winkle, caballero.

—No le sorprenderá que le informe de que he sido enviado aquí esta mañana en representación de mi amigo, el doctor Slammer, del regimiento 97.

—¡El doctor Slammer! —dijo Winkle.

—El doctor Slammer. Me ha pedido que le exprese su opinión de que la conducta de usted, anoche, fue de tal índole que ningún caballero podría tolerarla, y —añadió él— que ningún caballero puede aceptar tratándose de otro.

El asombro de Winkle fue demasiado auténtico, demasiado evidente, para escapar a la observación del amigo del doctor Slammer, quien, por consiguiente, continuó:

—Mi amigo el doctor Slammer me ha requerido para que añada que está firmemente persuadido de que usted estuvo embriagado durante una parte de la noche, y posiblemente inconsciente del alcance del insulto de que es culpable. Me ha encargado que le diga que esto sería aceptado como excusa para su comportamiento, y que consentirá en aceptar una satisfacción por escrito, que usted extendería según le dictara yo.

—¡Una satisfacción por escrito! —repitió Winkle, con el tono de asombro más acentuado que cabe.

—Desde luego, ya sabe cuál es la alternativa —replicó fríamente el visitante.

—¿Le confiaron ese mensaje a mi nombre? —preguntó Winkle, cuyo intelecto estaba desesperadamente confuso con esa extraordinaria conversación.

—No estaba presente yo mismo —dijo el visitante—, y como consecuencia de que usted rehusó firmemente dar su tarjeta al doctor Slammer, este caballero me ha pedido que identifique al portador de un frac nada corriente: un frac azul claro, con unos botones dorados que llevaban un busto y las letras C. P.

Winkle se tambaleó de asombro al oír esa detallada descripción de su propio

indumento. El amigo del doctor Slammer continuó:

—Por las investigaciones que he hecho ahora mismo en esta casa, estoy convencido de que el propietario de la casaca en cuestión llegó ayer tarde aquí, con tres caballeros. Inmediatamente mandé buscar al caballero a quien me describieron como el principal del grupo, y este me ha remitido a usted.

Si la torre principal del castillo de Rochester hubiera echado a andar repentinamente saliendo de sus cimientos y se hubiera detenido ante las ventanas de la sala, la sorpresa de Winkle no hubiera sido nada comparada con el profundo asombro con que oyó estas palabras. Su primera impresión fue que le habían robado el frac.

—¿Me permite que le entretenga un momento? —dijo.

—Por supuesto —respondió el desagradable visitante.

Winkle corrió escaleras arriba, y abrió la maleta con mano temblorosa. Allí estaba el frac en su sitio de costumbre, pero presentando, ante un examen detenido, muestras evidentes de haber sido usado la noche anterior.

—Debe de ser eso —dijo Winkle, dejando caer el frac de las manos—. Bebí demasiado vino después de cenar, y tengo un recuerdo muy vago de haber andado por las calles y haber fumado luego un cigarro. La realidad es que estaba muy borracho: debí de cambiarme, ponerme el frac, salir no sé adónde, e insultar a no sé quién... no me cabe duda; y este mensaje es la terrible consecuencia. —Diciendo esto, Winkle volvió sobre sus pasos hasta la sala, con la sombría y terrible decisión de aceptar el desafío del belicoso doctor Slammer, y atenerse a las peores consecuencias que se pudieran derivar.

Winkle se vio apremiado a esta determinación por un cúmulo de consideraciones, la primera de las cuales era su reputación dentro del Club. Siempre se le había mirado como alta autoridad en todos los asuntos de



destreza y diversión, tanto ofensiva como defensiva o inofensiva; y si en la primerísima ocasión en que se le ponía a prueba, se echaba atrás ante la demostración, bajo la mirada de su jefe, quedarían para siempre perdidos su nombre y su posición. Además, recordaba haber oído mencionar, entre las personas no iniciadas en tales asuntos, que por un acuerdo sobrentendido entre los padrinos, raramente se cargaban con bala las pistolas; y además, pensó que si pedía a Snodgrass que actuara como su padrino, y le pintaba el peligro en términos ardientes, este caballero quizá comunicaría lo que sabía al señor Pickwick, quien, ciertamente, no perdería tiempo para comunicarlo a las autoridades locales, evitando así la muerte o invalidez de su seguidor.

Tales eran sus pensamientos cuando volvió a la sala, y comunicó su intención de aceptar el desafío del médico.

—¿Quiere remitirme a un amigo suyo para convenir la hora y lugar del encuentro? —dijo el oficial.

—No hace ninguna falta —respondió Winkle—; dígame los, y ya obtendré después la compañía de un amigo.

—Digamos... ¿esta tarde al ponerse el sol? —inquirió el oficial, en tono descuidado.

—Muy bien —respondió Winkle, pensando en su alma que estaba muy mal.

—¿Conoce usted el fuerte Pitt?

—Sí, lo vi ayer.

—Si se toma la molestia de doblar por el campo que bordea la trinchera, tome la vereda a la izquierda cuando llegue a la altura de la fortificación, y siga adelante hasta que me vea: yo le precederé hasta un lugar retirado donde puede arreglarse el asunto sin temor de ninguna interrupción.

«¡Temor de ninguna interrupción!», pensó Winkle.

—No hay nada más que arreglar —dijo el oficial.

—No veo que haya más —respondió Winkle.

—Buenos días.

—Buenos días.

Y el oficial se marchó silbando una alegre melodía.

El desayuno de aquella mañana fue muy sombrío. Tupman no estaba para levantarse después de la desacostumbrada disipación de la noche anterior; Snodgrass parecía sufrir de una poética depresión de espíritu; incluso el señor Pickwick manifestaba una insólita adhesión al agua de seltz y al silencio. Winkle acechaba atentamente su oportunidad: no tardó mucho. Snodgrass propuso visitar el castillo, y como Winkle era el único otro miembro del grupo que estaba dispuesto a andar, salieron juntos.

—Snodgrass —dijo Winkle, cuando abandonaron la vía pública—, Snodgrass, mi querido amigo, ¿puedo contar con usted para guardar un secreto? y al decirlo, tenía la más devota y seria esperanza de que no lo guardara.

—Sí que puede —respondió Snodgrass—. Se lo puedo jurar...

—No, no —interrumpió Winkle, aterrado ante la idea de que su compañero se comprometiera inconscientemente a no dar información—. No jure, no jure, no hace falta.

Snodgrass dejó caer la mano que, conforme al espíritu de la poesía, había elevado hacia las nubes al hacer la anterior declaración, y tomó una actitud atenta.

—Necesito su asistencia, mi querido amigo, en un asunto de honor —dijo Winkle.

—La tendrá —dijo Snodgrass, estrechando la mano de su amigo.

—Con un médico, el doctor Slammer, del regimiento 97 —dijo Winkle, deseando hacer aparecer el asunto como lo más solemne posible—; es un asunto con un oficial, asistido por otro oficial, esta tarde, al ponerse el sol, en un campo solitario tras el fuerte Pitt.

—Yo le acompañaré —dijo Snodgrass.

Estaba asombrado, pero de ningún modo consternado. Es extraordinario ver qué frialdad pueden tener todos en tales casos, salvo la parte interesada. A Winkle se le había olvidado esto. Había juzgado los sentimientos de su amigo por los suyos propios.

—Las consecuencias pueden ser terribles —dijo Winkle.

—Espero que no —dijo Snodgrass.

—El doctor creo que es un tirador excelente —dijo Winkle.

—Esos militares suelen serlo —observó Snodgrass con calma—, pero usted también, ¿no?

Winkle respondió afirmativamente, y notando que no había alarmado bastante a su compañero, cambió de terreno.

—Snodgrass —dijo, con voz trémula de emoción—, si caigo, en un paquete que pondré en sus manos encontrará una nota para mí... para mi padre.

Este ataque también fracasó. Snodgrass se sintió afectado, pero aceptó la entrega de la nota con tanta prontitud como si hubiera sido un cartero de a dos peniques.

—Si caigo —dijo Winkle—, o si cae el doctor, usted, mi querido amigo, será llamado a declarar como cómplice del hecho. ¿He de complicar a mi amigo y causarle una deportación... quizá para toda la vida?

Snodgrass parpadeó un poco ante esto, pero su heroísmo era invencible.

—Por la causa de la amistad —exclamó fervientemente—, estoy dispuesto a desafiar todos los peligros.

¡Cuánto maldijo interiormente Winkle la devota amistad de su compañero, mientras seguían su camino en silencio, los dos juntos, durante unos minutos, cada cual sumergido en sus propias meditaciones! Iba pasando la mañana: se sentía desesperado.

—Snodgrass —dijo, deteniéndose repentinamente—, no deje que me sujeten en este asunto: no dé información a las autoridades locales; no obtenga la asistencia de unos cuantos funcionarios civiles para que nos detengan a mí o al doctor Slammer, del

regimiento 97, que ahora está en el cuartel de Chatham, evitando así el duelo; escúcheme, no lo haga.

Snodgrass estrechó cálidamente la mano de su amigo, respondiendo entusiásticamente:

—¡Por nada del mundo!

Un escalofrío pasó por el cuerpo de Winkle al convencerse de que no podía abrigar esperanza por parte de los temores de su amigo, siendo así invadido a la fuerza por la certidumbre de que estaba destinado a convertirse en un blanco animado.

Una vez que se le explicó formalmente a Snodgrass el estado del asunto, y se alquiló a un comerciante de Rochester una caja de pistolas de duelo, con los necesarios acompañamientos de pólvora, balas y pistones, los dos amigos volvieron a su posada; Winkle, para meditar sobre la inminente batalla, y Snodgrass para preparar las armas de guerra y ponerlas en situación adecuada para uso inmediato.

Era una tarde sombría y pesada cuando volvieron a salir para su desdichado asunto. Winkle iba embozado en un ancho gabán para escapar a toda observación, y Snodgrass llevaba bajo el suyo los instrumentos de destrucción.

—¿Lo tiene todo? —dijo Winkle, en tono agitado.

—Todo —respondió Snodgrass—, hay mucha munición, por si los disparos no surten efecto. Hay un cuarto de libra de pólvora en este estuche, y llevo dos periódicos en el bolsillo para los tacos.

Eran muestras de amistad por las que cualquier hombre podía razonablemente sentirse muy agradecido. Ha de suponerse que la gratitud de Winkle era demasiado poderosa para poderse expresar, puesto que no dijo nada, sino que siguió andando; bastante despacio.

—Estamos en un momento muy oportuno —dijo Snodgrass, cuando saltaban las tapias del primer campo—, el sol está cayendo.

Winkle miró la declinante esfera y dolorosamente pensó en la posibilidad de que también él «cayera» antes de no mucho tiempo.

—Ahí está el oficial —exclamó Winkle, al cabo de unos minutos de camino.

—¿Dónde? —dijo Snodgrass.

—Allí; aquel caballero de casaca azul. —Snodgrass miró en la dirección indicada por el dedo de su amigo, y observó una figura, embozada como anunciaba la descripción. El oficial manifestó que se daba cuenta de su presencia agitando ligeramente la mano; y los dos amigos le siguieron a poca distancia mientras él se alejaba.

La tarde se hacía más sombría por momentos, y un viento melancólico sonaba por los campos abandonados, como un gigante lejano que silbara al perro de su casa. La tristeza de esta escena infundió un tinte sombrío a los sentimientos de Winkle. Se sobresaltó cuando pasaron el ángulo de la trinchera: parecía un sepulcro colosal.

El oficial se apartó súbitamente del sendero, y tras de trepar por una empalizada, entró en un campo acotado. Había dos caballeros esperando: uno era un hombrecillo gordo, con pelo negro; y el otro —un imponente personaje de casaca galoneada— estaba sentado con perfecta ecuanimidad en un asiento de campaña.

—El adversario, y un médico, supongo —dijo Snodgrass—; tome un poco de coñac.

Winkle aferró la botella forrada de mimbre que le ofrecía su amigo, y tomó un largo sorbo del líquido estimulante.

—Mi amigo, el señor Snodgrass —dijo Winkle cuando se acercó el oficial. El amigo del doctor Slammer se inclinó, y sacó una caja semejante a la que traía Snodgrass.

—Creo que no tenemos más que decir, caballero —observó fríamente al abrir la caja—. Se ha rehusado decididamente dar satisfacción.

—Nada más, caballero —dijo Snodgrass, empezando a sentirse bastante incómodo.

—¿Quiere dar los pasos? —dijo el oficial.

—Por supuesto —respondió Snodgrass. Se midió el terreno y se arreglaron los preliminares.

—Encontrará estas mejores que las tuyas —dijo el otro padrino, sacando sus pistolas—. Ya me ha visto cargarlas. ¿Tiene alguna objeción que hacer a que se usen?

—Por supuesto que no —respondió Snodgrass. Esta oferta le evitaba un apuro considerable, pues sus nociones anteriores sobre lo que era cargar una pistola no pasaban de ser vagas e indefinidas.

—Podemos colocar a nuestros hombres, me parece —dijo el oficial, con tanta indiferencia como si las partes interesadas fueran peones de ajedrez y los padrinos fueran los jugadores.

—Creo que podemos —respondió Snodgrass, que hubiera asentido a cualquier propuesta, porque no entendía nada del asunto. El oficial cruzó hacia el doctor Slammer, y Snodgrass fue junto a Winkle.

—Todo está preparado —dijo, ofreciendo la pistola—. Deme el abrigo.

—Ya tiene el paquete, mi querido compañero —dijo el pobre Winkle.

—Muy bien —dijo Snodgrass—. Ánimo, y duro con él.

Pensó Winkle que ese consejo era como el que suelen invariablemente dar los espectadores al niño más pequeño de los que pelean en una lucha callejera: «Anda, y gánale», cosa admirable para recomendar, si uno supiera hacerlo. Sin embargo, se quitó en silencio el abrigo —siempre se tardaba mucho tiempo en desabrochar ese abrigo— y aceptó la pistola. Los padrinos se retiraron, el caballero del asiento de campaña hizo lo mismo y los beligerantes se acercaron uno a otro.



Winkle siempre se había distinguido por su extremada humanidad. Se conjetura que su repugnancia a herir intencionadamente a un semejante fue la causa de que cerrara los ojos cuando llegó al lugar fatal, y la circunstancia de que sus ojos estuvieran cerrados le impidió observar la extraordinaria e imprevisible conducta del doctor Slammer. Este caballero se sobresaltó, se quedó mirando fijamente, se echó atrás, se frotó los ojos, volvió a mirar y, por fin, gritó:

—¡Alto, alto!

»¿Qué es esto? —dijo el doctor Slammer, cuando llegaron corriendo su amigo y Snodgrass—. No es este hombre.

—¡Que no es este hombre! —dijo el padrino del doctor Slammer.

—¡Que no es este hombre! —dijo Snodgrass.

—¡Que no es este hombre! —dijo el caballero del asiento de campaña, sosteniéndolo en la mano.

—Seguro que no —respondió el doctorcito—. Esta no es la persona que me insultó anoche.

—¡Qué extraordinario! —exclamó el oficial.

—Mucho —dijo el del asiento de campaña—. La única cuestión es si este caballero, una vez que está en el campo, debe ser considerado, por cuestión de forma, como el individuo que anoche insultó a nuestro amigo el doctor Slammer, sea realmente ese individuo o no. —Y después de lanzar esa sugerencia, con aire sabio y misterioso, el hombre del asiento de campaña tomó una abundante pulgarada de rapé y miró con gesto profundo alrededor, con aire de ser una autoridad en estos asuntos.

Mientras, Winkle había abierto los ojos, y también los oídos, cuando oyó a su adversario proclamar una suspensión de hostilidades; y percibiendo, por lo que este dijo luego, que, sin duda, había algún error en el asunto, inmediatamente previó el aumento de reputación que adquiriría inevitablemente

al ocultar el motivo auténtico de su presencia allí; por consiguiente dio valientemente un paso adelante y dijo:

—No soy esa persona. Ya lo sé.

—Entonces —dijo el hombre del asiento de campaña— esto es un insulto para el doctor Slammer, y una razón suficiente para seguir adelante enseguida.

—Por favor, cálese, Payne —dijo el padrino del médico—. ¿Por qué no me advertió el hecho esta mañana, caballero?

—Eso es, eso es —dijo, con indignación, el del asiento de campaña.

—Le ruego que se calle, Payne —dijo el otro—. ¿He de repetir mi pregunta, caballero?

—Pues, señor mío —respondió Winkle, que había tenido tiempo de deliberar su respuesta—, porque usted, caballero, describió una persona embriagada y poco caballerosa que vestía el traje que, no solo tengo el honor de vestir, sino de haber inventado; el uniforme que se ha propuesto para el Club Pickwick de Londres. Me siento obligado a defender el honor de ese uniforme, y por tanto, sin más investigación, acepté el desafío que usted me presentaba.

—Mi apreciado señor —dijo el doctorcito, de buen humor, avanzando con la mano extendida—, admiro su valentía. Permítame decir que admiro altamente su conducta, y lamento profundamente haberle causado la molestia de esta reunión, sin ningún propósito.

—No hay de qué —dijo Winkle.

—Me sentiré orgulloso de conocerle —dijo el doctorcito.

—Me proporcionará el mayor placer contar con su conocimiento —respondió Winkle. Con lo cual, el médico y Winkle se dieron la mano, y luego lo hicieron Winkle y el teniente Tappleton (el padrino del médico), y luego Winkle y el hombre del asiento de campaña, y finalmente, Winkle y Snodgrass, este último desbordante de admiración hacia la noble conducta de su heroico amigo.

—Creo que podemos retirarnos  
—dijo el teniente Tappleton.

—Por supuesto —añadió el doctor.

—A no ser —interpuso el hombre del asiento de campaña—, a no ser que el señor Winkle se sienta agraviado por el desafío; en cuyo caso estimo que tiene derecho a una satisfacción.

Winkle, con gran abnegación, expresó que ya se sentía satisfecho.

—O posiblemente —dijo el del asiento de campaña— el padrino de este caballero se sienta ofendido por alguna observación que se me escapara en los primeros momentos de esta reunión; si es así, yo estaré muy contento de darle a él una satisfacción inmediatamente.

Snodgrass, apresuradamente, se declaró muy honrado por el elegante ofrecimiento del caballero que acababa de hablar, sintiéndose inducido a declinar solamente por su aprobación de conjunto respecto a la totalidad del asunto. Los dos padrinos arreglaron las cajas, y el grupo entero dejó el terreno con un humor mucho más animado que cuando llegaron.

—¿Va a estar mucho tiempo aquí?  
—preguntó el doctor Slammer a Winkle, mientras andaban juntos, del modo más amistoso.

—Creo que nos iremos de aquí pasado mañana —fue la respuesta.

—Confío en tener el placer de verle a usted y a su amigo en mis habitaciones, y pasar una velada agradable con ustedes, después de este lamentable error —dijo el doctorcito—. ¿No tienen compromisos para esta noche?

—Tenemos aquí unos amigos —respondió Winkle— y no me gustaría dejarles esta noche. Quizá usted y su amigo podrían venir a vernos al Toro.

—Con mucho gusto —dijo el doctorcito—. ¿Las diez sería muy tarde para ir a verles una media hora?

—¡Oh, no, de ningún modo!

—dijo Winkle—. Celebraré muchísimo poder presentarles a mis amigos, los señores Pickwick y Tupman.

—El gusto será mío, estoy seguro —respondió el doctor Slammer, sospechando bien poco quién era el señor Tupman.

—¿Vendrán entonces? —dijo Snodgrass.

—Oh, desde luego.

Por entonces habían llegado a la carretera. Se intercambiaron cordiales despedidas y el grupo se separó. El doctor Slammer y sus amigos volvieron al cuartel, y Winkle, acompañado de Snodgrass, regresó a la posada. \*



